

Conferencia en APdeBA

Presentación de la Dra. María Inés Raitzin de Vidal a la conferencia de Colette Soler, “Qué se espera del análisis y del psicoanalista”¹

La Dra. María Inés Raitzin de Vidal, Presidenta de APdeBA presenta a la Dra. Colette Soler:

Dra. Colette Soler es un inmenso placer tenerla con nosotros. Ella es una asidua visitante de nuestro país, ha estado aquí innumerables veces. Y eso hace que, tanto por su enseñanza directa como por la lectura de sus publicaciones, su pensamiento esté muy difundido más allá de los ambientes o círculos de pensamiento tradicionalmente lacaniano. Para nosotros en APdeBA es una circunstancia especial porque es la primera vez que la tenemos aquí, en nuestra casa. Yo quiero transmitirles que esta reunión fue planeada con mucho entusiasmo y mucha dedicación por nuestro secretario científico, el Dr. Julio Moreno quien, como muchos de ustedes saben, por una dolencia reciente pero de la cual está en vías de una plena y total recuperación, no puede estar presente. Pero les quiero transmitir el placer de él porque este encuentro finalmente sea posible.

Ahora voy a presentar a la Dra. Colette Soler. Fue originalmente catedrática universitaria en Filosofía y es a partir de su encuentro con la persona y la obra de Lacan que elige el psicoanálisis y desde entonces su actividad en este campo es ininterrumpida. Realmente considero que su obra es una síntesis especialmente fecunda que atraviesa todos los campos de nuestra disciplina; no solamente investiga, publica y enseña teoría psicoanalítica, sino que ejerce la práctica clínica con igual dedicación y tiene una intensísima actividad en el ámbito de la política institucional.

Les recuerdo que es a partir de su iniciativa que se organiza el

¹ Conferencia ofrecida en APdeBA el 20 de julio de 2004.

movimiento de los foros del campo lacaniano. Ella tuvo un papel fundamental en la organización, convocó a que se reunieran foros en distintos países para crear, dentro de un ámbito marcado por un espíritu democrático, una posibilidad de reflexión amplia sobre qué consideramos que es la escuela y cuál es la formación que nos conviene a todos como psicoanalistas.

Con respecto a su obra escrita, son innumerables sus publicaciones y abarcan los campos más diversos, la sexuación, la escritura en psicoanálisis, el psicoanálisis y la cultura, la formación y la ética, etc. Simplemente haré una mención de los últimos libros *La maldición sobre el sexo*, *El inconsciente a cielo abierto de las psicosis*, *Las psicosis inspiradas*. Este último se refiere a Joyce, Rousseau y Pessoa. Y está en vías de aparición *Lo que Lacan decía de las mujeres*.

Como ven es imposible y, por otra parte, carecería de sentido totalmente intentar alguna forma de síntesis. Simplemente en este saludo quería transmitirle nuestra valoración de su obra y nuestro deseo de escucharla.

Qué se espera del análisis y del psicoanalista

Colette Soler

Dra. Colette Soler: Gracias por su presentación tan generosa y buenos días a todos. Primero quiero agradecer la invitación que nos va a dar la oportunidad de un intercambio.

El título de hoy es: “Qué se espera del psicoanálisis y del psicoanalista”. Es un título que me fue sugerido y lo acepté enseguida porque me pareció bien en su dimensión de actualidad. Obviamente cuando uno dice *¿Qué se espera?*, la pregunta surge inmediatamente, pero, *¿Quién espera?* Y es verdad que podríamos ensayar respuestas muy diversas si nos preguntamos *¿Qué espera quien se dirige al análisis?* O si nos preguntamos en tanto que analistas, *¿Qué esperamos nosotros mismos de la operación analítica y de nuestro acto propio?* Voy a hablar más bien de lo que se espera del lado analítico en la medida en que sería difícil definir qué espera el inocente que se dirige a un analista. Lo llamo inocente porque viene a pedir algo de lo cual no sabe nada, incluso cuando es alguien bien informado, que ha leído a Freud o a Lacan. Puede tener una intuición, pero podríamos decir que nadie pide realmente un análisis. Pide muchas cosas, espera muchas cosas que dependen de lo distintivo de cada uno, pero sin saber exactamente en qué entra.

Sobre este punto hay grandes diferencias entre los sujetos. Algunos llegan con una esperanza de curación, pero con la sola esperanza de curación no se entra en un análisis, se necesita algo más, un viraje de entrada para entrar realmente en el proceso analítico. Una cosa que me despierta interrogantes, y que al principio de mi práctica me sorprendió mucho, es el constatar que algunos sujetos temen por lo que piensan que pueden descubrir. Otros, quizá más inocentes, tienen una expectativa más positiva; pero están

quienes temen lo que se pueda llegar a descubrir y, esto incluso puede ser una dificultad de entrada. Al principio de mi práctica al encontrarme con ese temor me sorprendí mucho; yo suponía que descubrir era una ganancia en sí mismo, pero con el tiempo entendí que era algo que se debía cuidar porque quizá, por medio de su inconsciente, el sujeto intuía que aquello que podía llegar a descubrir podía no serle totalmente placentero.

De todos modos no voy a hablar más de las expectativas de los analizantes que empiezan un análisis. Voy a tomar el programa de nuestro lado en tanto que analistas. Y voy a empezar afirmando algo que luego intentaré justificar. Creo que desde el punto de vista ético podríamos hacer una descripción bastante inquietante de lo que promete el psicoanálisis porque en realidad, si comprendemos bien lo que llamamos con Lacan el acto analítico, hay una violencia del acto analítico. Una psicoanalista francesa, Piera Aulagnier, escribió un libro que tituló *La violencia de la interpretación*. Aquí yo no hablo de la violencia de la interpretación pero me refiero a algo similar cuando hablo de la violencia del acto. Quiero desarrollar un poco este tema porque creo que es necesario tomar la medida de eso, que los analistas tomen la medida de eso.

Al comienzo de un análisis, la violencia del acto analítico se presenta de la siguiente forma: recibimos en todos los casos un sujeto que sufre (nunca vemos entrar en análisis un sujeto que no sufra lo suficiente como para pensar que no puede continuar así y que debe corregir algo). Es un sujeto que sufre y que padece de cosas sobre las cuales él no puede hacer nada, es decir, sus síntomas. Son cosas que se le imponen; si es del lado de la inhibición porque quiere hacer algunas cosas y no las puede hacer o, por el contrario, si se trata de la compulsión son cosas que no quiere hacer pero que no puede impedirlo. Entonces, a este sujeto que padece de algo que le cae sobre la espalda lo recibimos con una acción y todo el dispositivo, inventado por Freud —no por Lacan—, le devuelve un mensaje implícito: que él es el responsable. En efecto, es un sujeto que llega y que padece de algo que percibe él mismo como extraño, ajeno a él mismo. Freud al principio lo invita a hablar, lo que significa que la causa está en el paciente. Es verdad que es una violencia, es algo que va totalmente a contrapelo de la expectativa de cuidado del analizante. Entonces, a este sujeto que sufre, lo cargamos además —porque está implícito en el dispositivo— con el peso de la responsabilidad. No le vamos a decir cuando llega que él es el responsable porque sino se

va a escapar, pero en cierta medida lo invitamos a pasar de una alienación a otra. Un sujeto cualquiera es siempre un sujeto nacido en el vientre del otro del discurso y soporta lo que llamamos la alienación, los significantes del otro, el discurso del otro sobre él mismo, los imperativos, las prescripciones, y nosotros para curarlo de esta alineación lo invitamos a entrar en otra, en la alienación del dispositivo analítico que no es sólo cargarlo con la responsabilidad sino imponerle una regla de palabra.

Creo que es importante hoy en día volver a enfatizar el valor de la regla freudiana de la asociación libre, porque con el desarrollo de las psicoterapias múltiples, tengo la impresión de que en la práctica, la exigencia asociativa ha perdido su lugar. Sabemos que la palabra no es una palabra cualquiera, es una palabra con la cual el sujeto no sólo busca contar su pequeña historia, contar su vida, contar los acontecimientos pasados y cotidianos. Se trata de una palabra, que Freud definió como una palabra casi imposible, es decir una palabra sin censuras conscientes –las censuras de la preocupación por ser claro, lógico, por no ser obsceno, etc.; las censuras ética, moral y lógica.

Todo esto es otra alienación que cargamos sobre el paciente. Ya sabemos que es bastante difícil obtener eso del paciente, obtener este viraje de la palabra. Digo que es una regla imposible, precisamente porque el sentido de la regla freudiana es que no se puede hablar sin censura. Esta restricción da lugar a otra restricción mucho más fuerte y es que el paciente no puede decir cualquier cosa. Lo invitamos a decir cualquier cosa, a hablar sin censura y el dispositivo funciona sólo porque lo que pedimos es imposible. El paciente no puede decir cualquier cosa y, más un análisis se desarrolla más constatamos, y el paciente constata, que se vuelve siempre sobre los mismos surcos, es siempre el mismo disco. Esto es lo que nos permite precisamente acercarnos al inconsciente o al fantasma del paciente; por el contrario, si un paciente realmente habla de cualquier cosa, no podremos analizar. Quizá el problema alrededor de Joyce sea éste. Joyce puede alcanzar lo que Lacan ha llamado un discurso *pulverulento*, es decir que se dispersa en toda dirección, en cualquier idioma, palabra, fonemas. En este caso es un discurso que no se puede analizar. Entonces, ¡pobre el paciente que llega con su sufrimiento!, lo cargamos con una responsabilidad que puede aparecer como una injusticia desde el punto de vista del discurso común.

Pero además hay otra alienación, la alienación del trabajo trans-ferencial. En realidad lo que llamo *la violencia del acto*, general-

mente no se percibe de entrada, aunque algunos sujetos la perciben y no entran. Y creo que no se percibe porque se encuentra encubierta por la transferencia. Y la transferencia precisamente introduce al paciente en una cierta ilusión, una espera. Lo que llamo ilusión no es para decir que la transferencia no tiene su eficacia, sin ella no habría análisis. Pero la transferencia introduce en el paciente la idea de ser cuidado, de ser tenido en cuenta, que es quizá la mejor manera de cuidar a un sujeto. Es verdad que es un efecto casi automático. Al principio basta con escuchar a alguien, recoger su palabra, lo que puede decirnos; esto sólo es suficiente para que el sujeto se perciba cuidado. A veces percibe que ha llegado “a su lugar”; se escuchan cosas así al principio de un análisis. Creo que es un efecto del enamoramiento de entrada. Freud decía que sin una razón estructural no podríamos entender el enamoramiento de entrada. Hay un enamoramiento de entrada, porque el sujeto descubre que el analista le ofrece un espacio que no se encuentra en ninguna otra parte. En el encuadre del discurso capitalista es bien evidente que nadie escucha a nadie e incluso cuando se escucha no hay diálogo. Este sería otro tema para desarrollar. Pero incluso en el encuadre de la relación amorosa se intenta hacer circular la palabra pero, sabemos que cada uno habla su idioma, un idioma sin traducción, el idioma finalmente del fantasma de cada uno, de los dos. No necesita mucho tiempo la relación amorosa para que cada uno empiece a sospechar que habla solo, que el otro a pesar de todos sus esfuerzos no lo ve, no lo entiende o no lo ve ni lo entiende. Hace reír pero no es divertido, en realidad más bien es patético.

Realmente no es una exageración decir que sólo en el dispositivo analítico se le ofrece a un sujeto un espacio para que desarrolle su palabra. El amor de transferencia del principio disimula el hecho de que en el análisis más que en ninguna otra parte, el que escucha no escucha lo que el sujeto quiere decir, hay algo de engaño bajo el encanto de la transferencia. El analista escucha con una perspectiva de interpretación, una perspectiva que intenta captar aquello que el sujeto mismo no sabe que dice, no sabe que significa y que tal vez no quiere significar tampoco. Con el transcurso del análisis encontramos muchas veces pacientes que pueden decirnos “Pero usted no me entiende, yo digo *esto*” y el analista dice que el paciente dijo otra cosa. Hay un hiato entre la intención de la palabra del analizante y la intención de la interpretación. Otra violencia del dispositivo analítico.

Hay más violencia todavía, más empuje a contrapelo si se trata de un análisis porque finalmente ¿a qué apunta la posición interpretativa? Aquí no hablo de los tipos de interpretación, podemos hacer otra cita todavía pero de todos modos es seguro que todos los analistas de todas las corrientes del movimiento analítico comparten la posición interpretativa. ¿A qué apunta la posición interpretativa? Lo podemos formular de diversas maneras. Podemos decir, como decía Freud, que apunta a revelar el inconsciente, lo que el paciente no sabe. En nuestro movimiento lacaniano decimos más frecuentemente que como el inconsciente nunca se revela totalmente, la expresión no es del todo satisfactoria porque si se trata de revelar el inconsciente, va a ser el trabajo de una vida y al final de la vida no se habrá terminado tampoco. Finalmente me parece mejor decir que la interpretación apunta a empujar a conocer las consecuencias del inconsciente. Nosotros, los lacanianos, pensamos que podemos demostrar que las consecuencias del inconsciente son consecuencias del hecho de ser hablante, es decir de nacer en el vientre del otro y de entrar en la estructura del lenguaje.

¿Cuáles son las consecuencias que nadie quiere saber? Las podemos llamar con los términos freudianos que Lacan no rehusó y que aún hoy utilizamos. La primera de ellas es la *castración*, que por supuesto no es la falta de pene. Finalmente con un siglo de psicoanálisis sabemos que la castración no se reduce a la falta de pene y que más bien cae más fuertemente sobre el que tiene el pene, o sea el sujeto hombre. Entonces por un lado la castración, que es un tema siempre presente y que nos lleva a repensar a qué llamamos así. No es sólo al hecho de tener satisfacciones pulsionales parciales, fragmentadas. Eso lo podemos llamar privación. El ser humano es privado de un goce infinito y por eso sueña con la beatitud pos mortem en la religión; porque en la vida conocemos satisfacciones pulsionales fragmentadas. Esto es el descubrimiento de Freud en los años 1905, hace exactamente un siglo. No es sólo eso la castración. La castración sería todo un tema para interrogar, pero dejo acá el desarrollo.

Entonces lo primero que nadie quiere saber es la castración. Y ni hablar de un sujeto que acepta la castración. Hay un cambio en un análisis respecto de la castración, pero la palabra *aceptar* la castración me parece totalmente ilusoria. Incluso basta mirar a los analistas para tener una pequeña impresión del hecho. No es sólo la castración; está lo que Freud ha señalado al principio, la parte de pulsión indomable, es decir una parte de exigencia de goce peculiar.

A este nivel hay gran diferencia también entre los sujetos, entre la fuerza de la exigencia pulsional en cada uno, pero hay una parte indomable también. Y eso nadie lo quiere saber tampoco. Cada uno prefiere esperar que la solución aparezca un día. Freud concluye al final con estas dos cosas que nadie quiere saber ni aceptar, por un lado la castración que es una limitación, y por el otro el empuje de una exigencia indomable. Eso también es una cierta violencia, que los sujetos experimentan más o menos, pero es una violencia. Si empujamos a alguien a hacer un análisis, lo obligamos a saber cuando no quiere saber, y esto no es una sugestión, es un efecto que intentamos producir realmente.

Es por esto que Lacan habla del *horror del acto analítico*, del horror frío del discurso analítico. Puede parecer sorprendente, sobre todo cuando hay un gran entusiasmo por el psicoanálisis, y creo que aquí lo hay, más que en la vieja Europa. Es un término que puede sorprender. Recuerdo que en Corea me decían que no entendían qué quería decir con el horror frío del discurso analítico. Quizá para comprenderlo sea necesario un tiempo de práctica, el psicoanalista que empieza se preocupa por hacer bien lo que debe hacer un analista, por verificar que puede hacer, se encanta con los efectos terapéuticos y se maravilla al comprobar que lo que funcionó para él funciona también para otros, que hay producción, desciframiento de formación del inconsciente, entonces al principio hay algo que quizá disimula. Veinte, treinta, cuarenta años después, creo que se percibe otra cosa, se percibe más hacia donde empuja el dispositivo. Así entiendo la expresión tan fuerte “*el horror del acto*”. Lacan mismo la comentó, y es así como la podemos entender, hablando del hecho de que cada sujeto en un análisis debe haber cernido su propio horror de la castración. No se trata de un horror general, sino de su propio horror, es decir, como para él, en su singularidad de ser hablante, se presenta la castración y la exigencia indomable de goce. Así utiliza Lacan la palabra su horror propio, y considera que el haber cernido este punto es condición para producir un analista.

Por supuesto que no voy a abarcar todo lo inquietante del discurso analítico. Por supuesto que hay una violencia para obtener algo y es por eso que creo que el problema del final del análisis, no en el sentido del momento en el cual se detiene el proceso, pero en el sentido del resultado para el sujeto, es algo capital para todos los analistas.

¿Por qué ejercemos esta violencia del acto analítico? Tenemos

nuestras razones pero éstas no se perciben antes del verdadero final. Hay dos razones: una es más evidente para todos los psicoanalistas y es que lo hacemos para obtener un efecto terapéutico. Creo que no hay ningún análisis que no produzca efecto terapéutico, porque es solo cuando hay efectos terapéuticos que se ven cambios a nivel de los síntomas por los cuales el paciente sufre. Si no hay efecto terapéutico nada indica que el “bla bla” asociativo haya tenido un efecto real cualquiera. El analista debe haber experimentado él mismo el efecto terapéutico del desciframiento, de la asociación libre porque sino no podrá creer. Cuando Freud decía “deben creerle al inconsciente”, es a eso a lo que apuntaba, al haber podido experimentar la eficacia terapéutica de la asociación libre ligada a la interpretación.

Ahora sabemos que el efecto terapéutico es siempre parcial y una de nuestra tesis es que no hay sujeto sin síntoma. Al final no producimos un sujeto sin inconsciente pero tampoco un sujeto sin síntoma, al menos si damos a la palabra síntoma una definición un poco ampliada que no sólo designa lo que no va en la vida del sujeto, ya que lo que va también es síntoma. ¿Qué quiere decir eso? Lacan da algunas fórmulas para sostener eso pero lo podemos decir con palabras más sencillas: toda relación humana, la relación de trabajo, la relación amorosa, la investidura de los objetos de interés pasa por la determinación inconsciente. Y eso es lo que queremos decir cuando decimos que el sujeto tiene síntomas. Me refiero a síntomas remodelados, que incluso pueden ser satisfactorios; y esto implica que por ejemplo, a nivel de la problemática sexual, la heterosexualidad misma sea un síntoma, porque la elección de una pareja dentro de la norma social tanto como la que se hace por fuera de la misma, pasa por las determinaciones inconscientes. Si no, no podríamos cambiar nada al nivel del trabajo ni de la pareja.

Entonces con el efecto terapéutico se pueden hacer desaparecer síntomas locales, obsesiones, inhibiciones, conversiones. Se puede también remodelar la relación de pareja y de trabajo, hacerlas más satisfactorias que al principio, pero sin embargo caen siempre bajo las determinaciones inconscientes. Esto quiere decir que no hay ninguna seguridad de que el síntoma más satisfactorio obtenido dure toda la vida; a veces comprobamos realmente una mejoría que dura un tiempo, otras veces dura toda la vida. Es que el inconsciente no es algo fijado, es una máquina secreta que trabaja siempre. El efecto terapéutico siempre es parcial y algo precario porque no aporta seguridad de por vida.

Si fuera sólo esto no sé si vale la pena soportar el acto analítico y empujar a los sujetos, porque es penoso hacer un largo análisis, es un sufrimiento, no es un camino de rosas. Pensemos que con una pequeña terapia sugestiva también se obtienen resultados terapéuticos. Es una objeción que se le hace al psicoanálisis, el tiempo, el dinero, el esfuerzo que demanda para obtener una mejoría que algunas terapias sugestivas también obtienen. Yo las llamo terapias reeducativas porque buscan alcanzar lo que la educación y la presión social no han logrado. Ponen una capa más de empuje a la conformidad.

Creo que lo que realmente justifica y que otorga fundamento a la violencia del acto analítico es el efecto que se obtiene al final del análisis. Sobre este punto hay un debate en psicoanálisis, no podemos decir que estemos todos de acuerdo, generalmente es agradable estar de acuerdo pero quizá no lo estemos. En la historia del psicoanálisis hubo un debate sobre este punto y hablé de eso en nuestra cita. Les doy la fórmula que utilizo ahora, creo que el análisis logra su verdadero objetivo ético cuando lleva a un sujeto hasta lo que llamo una identidad de separación. Esto quiere decir, una identidad que no se defina por la vía de la identificación a los significantes, a los valores, a los ideales del otro del discurso. Lacan peleó mucho con la tesis de la identificación al analista al final del análisis. No sé hasta dónde esta noción de identificación al analista funciona ahora en la IPA y en los diferentes lugares. Porque la IPA no es algo homogéneo, y la IPA francesa no es la IPA argentina. Realmente no sé si hoy, en el 2004, la teoría de la identificación al analista al final del análisis mantiene vigencia.

Lacan ha criticado mucho la obra de Balint, sin embargo, en cuanto a la identificación al analista, a la idea de decir que al final debemos terminar con una identificación, hay algo que se puede salvar desde nuestro punto de vista, y es la idea de que al final de un análisis se debería producir un sujeto liberado de la duda sobre qué es. Al final deberíamos obtener un efecto que pusiera un punto final, un punto de capiton, un cierre. El final no es una apertura, es un cierre a la pregunta que corre bajo la elaboración analítica. La pregunta podemos formularla como ¿Qué soy para tener los síntomas que tengo? y a nivel del inconsciente ¿Qué significan mis síntomas e inhibiciones? La respuesta por la vía de la identificación con el analista no es del todo satisfactoria pero tiene eso de justo, la idea de terminar con un cierre, un cierre a la pregunta acerca de la neurosis

(porque son neuróticos los que analizamos). El inconveniente del final de análisis por vía de la identificación al analista es que restablece una alienación clásica, restablece una identificación de alienación, es decir, borra la identidad sobre el otro. En cambio, una identidad de separación quiere decir una identidad que no le debe nada al otro, gran A del discurso. ¿Cuál puede ser esta identidad de separación? Evidentemente no es otra cosa que lo que se ha decantado en el análisis, la fijación de goce del sujeto, específica de cada uno. El ordenamiento que especifica cada sujeto, el ordenamiento de su fantasma —que sostiene su deseo— y de sus satisfacciones pulsionales. Cada uno tiene un anudamiento específico entre deseo-goce-fantasma-síntoma y en el análisis se empieza con una multiplicidad de pequeños síntomas y la elaboración, lo que llamamos la elaboración del fantasma. Es una elaboración que consiste en realidad en reducir esta multiplicidad para lograr percibir, vía la interpretación, lo que Freud llamaba al principio el deseo inconsciente indestructible. Este tiene en cada uno una configuración precisa y se liga con una economía de satisfacción pulsional también precisa. Lacan finalmente pudo llamar a la identidad de separación identificación al síntoma, que es una expresión contradictoria. Precisamente la identificación al síntoma no es una identificación, es más bien el develamiento al final de la reducción analítica de la configuración del deseo y del goce del sujeto. Entonces no se trata de la identificación, se trata de lo que es el sujeto en el núcleo del fantasma y síntoma inconsciente. Y es una singularidad porque habla del sujeto. No hay dos sujetos idénticos, no somos al nivel de las normas homogeneizantes, somos al nivel del núcleo y no hay un sujeto idéntico a otro y por eso lo podemos llamar identidad de separación. Esta es una expresión que yo uso, no es de Lacan. No hay otra identidad más que la identidad de separación. Fuera de eso hay series de identificación que se pueden mover, deslizar en el transcurso de una vida.

Entonces, si me siguen espero que acuerden conmigo en que vale la pena ejercer y sostener la violencia del acto analítico para obtener esa identidad al final. Cuando no se la obtiene se puede dudar y esto lo vemos. Muchos analizandos que no llegan hasta el final, hacen un balance un poco mitigado. No saben si valió la pena haber invertido tantos años, tanto dinero, tantas emociones, tanto sufrimiento, tanto esfuerzo.

Lo que digo es que es un gran beneficio, sobre todo para el neurótico que rehusa su identidad fantasmática y sintomática, la

rehúsa y se queja de ella. Por lo tanto, llevarlo hasta el punto de descubrir y de asumir su identidad de separación es un logro inmenso para él. No digo para los de alrededor. Esto es importante porque la evaluación de lo que puede el psicoanálisis la hace el analizando, la puede hacer el analista y naturalmente la hace el entorno también, y el entorno espera que el paciente se vuelva más cómodo en las relaciones. Y a veces escuchamos que el entorno dice que el análisis no funciona porque el sujeto tiene los mismos defectos, incluso al final pueden pensar que los tiene reforzados. Esto es un hecho y tiene su peso con relación al lugar que ocupa el psicoanálisis en la civilización.

El título que me han dado es “Qué se puede esperar del psicoanálisis y del analista”. Entonces me pregunto qué puede esperar el analista mismo de este trabajo raro, de este acto a contrapelo, qué obtiene de eso. Pienso que es una manera de ganarse la vida y ganarse la vida cuesta en todas las profesiones, es necesario un esfuerzo. Pero creo que esto no alcanza para explicar por qué alguien se dedica a un acto tan violento y que no logra siempre el cierre final de la identidad de separación. Entonces ¿qué pasa con el analista al final? ¿Cuál es el beneficio para él cuando ha conducido a un paciente hasta el final? Estamos en un tiempo en el que todo se evalúa en términos de costo/beneficio y, lo decía ayer en La Plata, en Estados Unidos una persona que no quiera mucho al psicoanálisis le podría preguntar a un analista cuántos años de análisis y de formación se requieren y cuál es la retribución al final. Fíjense, ¿qué le podemos contestar? El tiempo del análisis no lo sabemos, la formación es interminable, los analistas no terminan nunca de formarse. Por eso hablo del analista analizante perpetuo en su formación. La retribución de dinero tampoco se sabe, depende de muchos factores y no podemos prometerle al analista en formación que va a ganar bien; sabemos que hay muchos analistas que no se ganan la vida con el análisis.

Aquí hay un pequeño problema —más que pequeño es un gran problema— que empecé a percibir en los últimos años y lo voy a introducir con una tesis de Lacan que no entendí en un principio. Necesité mucho trabajo y años para entender la tesis. Cuando Lacan dice que el analista es el “desecho de la operación”, evoca a Santo Tomás quien al final de su vida y refiriéndose a su obra dice “como basura”. Todo esto se elimina como basura. El desecho es una tesis que no se entiende inmediatamente. ¿En qué medida podemos decir

que el analista es el desecho? Primero les voy a decir cómo lo entiendo yo. Desde mi punto de vista significa que al final del análisis el analista pierde la idealización transferencial, es seguro que la idealización transferencial cae al final del análisis, es el enamoramiento del principio del análisis que idealiza al analista y lo instituye como un sujeto supuesto saber ideal. Pero hacia el final, más elabora el paciente su inconsciente, más cae el Sujeto Supuesto Saber, en tanto que idealizado del lado del otro. Entonces al final el analista deja de ser idealizado. Y además el paciente le dice “chau”. En nuestro ambiente —no hablo de esta Asociación— hay algunos comentarios que se hacen para explicar que realmente es un dolor para el analista y que hay algunos analistas que no soportan ser desidealizados y que no soportan ver al paciente marcharse.

Debo decir que me divierte mucho la tesis, soy un poco maliciosa. Me divierte porque en la vida hay mucha gente que pierde idealización y que se encuentra abandonada, especialmente los padres, los educadores. La idealización del pequeño por el padre y la madre se pierde, la adolescencia se termina en general y finalmente los jóvenes se marchan y los padres no mueren y no hacen una crisis. Bueno, a veces la hacen. Pero en general, es un momento fuerte de la vida que cada uno soporta y finalmente descubre que, quizás es un alivio.

Esto me hace recordar a Mustapha Safouan, el psicoanalista francés que fue alumno de Lacan, y trabajó el tema del analista abandonado en un intento de entender al analista desecho. De entrada se pensaba en el analista que caía bajo el desear del Sujeto Supuesto Saber. Había todo un tema sobre lo duro que era la carrera del analista y Safouan dijo que no entendía cuál era el problema; si el analista se va y la idealización se termina, es una alivio. El no entendía cómo podía haber escándalo con algo que en definitiva los dos esperan desde el principio; porque desde el principio analizante y analista programan el final. Por eso decía que el amor de transferencia es un amor especial porque es el único amor que aspira a su fin.

Entonces no es eso, sería irrisorio porque no necesitamos una palabra tan fuerte para decir eso. Creo que se trata de que el acto analítico es el único acto en el cual el beneficio no va al agente del acto, el beneficio del acto es para el analizante, no para el analista. El beneficio es para el analizante que logra su identidad de separación. Pero al analista, que ha trabajado a contrapelo y por eso necesita de un deseo específico, al final nada le vuelve del beneficio

del acto, el beneficio es para el analizante. Y creo que es el único caso, tal vez con una pequeña excepción: la creación artística. Al artista, el beneficio del acto le vuelve a su nombre; con el acto el sujeto se promueve, se hace un nombre. El político también. A los grandes políticos también el beneficio le vuelve al nombre propio. Con el acto científico sucede lo mismo. Einstein se nombra con sus descubrimientos científicos y aunque en ciencia hay muchos descubrimientos que no se ligan con el nombre, se habla del teorema de Fulano. Por el contrario el analista se queda como anónimo en un acto tan difícil. Por supuesto que hay nombres en la historia del psicoanálisis: Freud, Melanie Klein, Ferenczi, hay toda una serie de nombres más o menos grandes al lado de Freud y Lacan, pero no fue con el acto en la cura que se hicieron esa notoriedad, fue con el trabajo de analista en tanto analizante del psicoanálisis, analizante de la teoría analítica. Por supuesto suponemos que cuando uno logra producir algo valioso en la teoría analítica, suponemos que no es sin lazo con su competencia y su ética respecto al acto; lo suponemos. Pero no debemos olvidar la polémica en contra de Lacan en la IPA de los años cincuenta, entonces lo consideraron un excelente teórico pero, como analista dijeron que era un impostor. Fue una disociación entre los dos. Creo que, dejando de lado los productores de teoría, realmente a nivel del acto analítico el agente del acto, el analista, es un ser anónimo. No anónimo para sus pacientes, anónimo en el sentido de que el beneficio del acto va por otro lado, del lado del analizante. Hay una frase de Lacan muy interesante que dice: “El ruido no conviene al nombre del analista”, se refiere al ruido mediático. Dicha por él esta frase puede sorprender pero creo que apuntaba a esto. Un analista puede ser un desconocido, salvo en los ambientes profesionales, incluso muchos pueden no escribir libros y ser buenos analista a nivel del acto.

Es así como entiendo al analista “desecho de la operación”, el beneficio no vuelve del lado de su nombre. Lacan hizo una comparación con el santo. Los santos no existen más, los verdaderos, los grandes santos. El santo tiene algo en común con el analista y es su deseo propio, que no es su deseo canónico, que no es el deseo normativizado de la civilización, el santo tiene un deseo propio que no es el deseo canónico de la iglesia de su tiempo, va adelante sin preocuparse por las protestas, por la iglesia y produce efecto a veces de deseo. Es un rasgo común pero con una diferencia: al santo al final, después de su muerte se lo santifica. El analista sería un santo

sin ninguna posibilidad de ser santificado, incluso después de su muerte. En realidad creo que eso quizá es algo más insoportable ahora que cincuenta años atrás o cien años atrás. Quiero decir que es más insoportable en el régimen del discurso capitalista actual. Porque no debemos olvidar cuando hablamos del sujeto posmoderno, cuando hablamos de las nuevas características de los sujetos que vienen a pedir un análisis, no debemos olvidar que el analista pertenece al conjunto del discurso capitalista y que cae de la misma manera bajo la presión de los valores del discurso capitalista. Y a los valores del discurso capitalista los conocemos: éxito en todo (profesional, amoroso, familiar), competencia, luchar para ser visto, para aparecer en las pantallas de televisión. Hay un empuje hacia un cierto cinismo individualista y los analistas están bajo el mismo empuje. Quizá eso explique un poco la propensión a actuar que no existía cincuenta años atrás, a aparecer en todos los periódicos, en la televisión, en todos los medios para hacerse conocidos fuera del ambiente del acto analítico. Me lo explico así porque realmente no se ve bien el beneficio para el análisis de toda esta batalla mediática, de la publicidad mediática. Incluso produce confusión, no se ve bien. Creo que el beneficio no es para el psicoanálisis. Me pregunto al menos si lo es para los analistas que intentarían compensar un poco el rigor del acto analítico para soportarlo en un tiempo donde vivimos en un discurso sin trascendencia, un discurso que no promete nada que sobrepase los objetivos individuales. El siglo anterior no era así, hubieron grandes causas colectivas, se prometía la revolución, se prometía el hombre nuevo, al final no fue un éxito pero las subjetividades eran llevadas por grandes esperanzas que sobrepasaban los intereses individuales. Podemos pensar que era una gran ilusión, pero sin embargo la gran ilusión llevaba a los sujetos. En otras épocas era la religión que llevaba a los sujetos con objetivos, perspectivas no reducidas al sí mismo individual. Ahora, el discurso actual no le propone a cada uno otra cosa que no sea ocuparse lo mejor posible de lo propio. Soportar el rigor del acto analítico en este ambiente me parece más difícil.

Cuando pienso en el porvenir del psicoanálisis considero que la amenaza no pasa por la desaparición de los analizantes, creo que la amenaza más grande puede estar en la desaparición de los sujetos que quieran sostener el acto analítico tal cual es, con todo su rigor, porque creo que mientras haya sujetos que quieran, que acepten esta dedicación, habrá analizandos, porque la transferencia tiene su

razón fundamental en la estructura del lenguaje y en la existencia del analista.

Dra. María Inés Raitzin de Vidal: Tenemos unos pocos minutos para abrir el debate al público después de una exposición tan clara, tan precisa que nos ha hecho recorrer la singularidad de la experiencia clínica, les dejo la palabra a ustedes.

Dra. Amalia Pandiella: Estaba pensando que estoy muy de acuerdo con lo que usted mencionó pero me abrió interrogantes. Estoy de acuerdo con que la sociedad capitalista lo que pide son éxitos pero yo creo que el éxito es diferente al logro y también es cierto que si existe una presión capitalista, también existen grupos que se están uniendo antiglobalización. Esto lo quería decir de entrada. Pero además considero que, tomando sus palabras, a la identidad de separación yo la llamaría individuación —el que una persona sea quien quiere ser, conozca quien es y cumpla sin ser un falso self. Y eso es lo que se logra dentro del psicoanálisis. Yo creo que el psicoanalista tiene un logro porque no podría concebir ningún acto sin un deseo detrás. Creo que el analista se presta de entrada a ser despojado de esa identidad de separación que logró por sí mismo, ya que por la transferencia no es visto en la mente del otro como él siente que es. Y que el logro del final del tratamiento para mí entender sería que al final se separa de un sujeto individualizado y el otro, en su cabeza, le devuelve la idea de un sujeto individualizado. Para mí ése sería el logro del analista. Gracias.

Dr. Manuel Gálvez: Dra. Soler muchas gracias, no puedo decir sino que estoy muy cerca de todo lo que usted ha dicho lo cual me lleva a reencontrar ideas expuestas en un trabajo escrito en colaboración con el Dr. Maldonado sobre el problema de las instituciones analíticas. Yo no conocía su concepto de identidad de separación y coincido. Pero si la identidad de separación es el objetivo, ¿qué hacemos con nuestras instituciones psicoanalíticas allí donde las idealizaciones sobreviven en forma de políticas, allí donde los textos y las teorías pasan a reemplazar duelos no elaborados, incluso el duelo por Freud, Lacan, etc.? ¿Cómo llegar a desarmar los grupos de poder idealizados que se hacen en torno a esos pulverulentos residuos de idealizaciones? Esa es mi pregunta.

Intervención: Tengo la impresión de que hay, sino una contradicción, algo paradójal a lo largo de su intervención respecto de la noción de inconsciente. Por un lado usted planteó que el psicoanálisis implica el hacerse cargo de las consecuencias del inconsciente. Y las mencionó, castración y lo indomable de la pulsión. Por otra parte mencionó que las mejorías pueden durar lo que duran. Cuando usted mencionó que las mejorías pueden durar lo que duran, daría a entender (si entendí bien) que habría algo así como un inconsciente que tiene ingredientes coyunturales, para decirlo de alguna manera. Sin embargo cuando usted habla de la identidad de separación y de la reducción al final de un tratamiento, es como si lo coyuntural del inconsciente se disolviera. Me parece percibir que habría allí la posibilidad de dos definiciones de inconsciente o de dos modos de definir al sujeto con relación al fantasma, con relación al goce. Como en un lugar mucho más fijo y en otro lugar como mucho más en movimiento. Gracias.

Dra. Colette Soler: La primera intervención no era una pregunta sino una observación, un comentario. Yo prefiero hablar de identidad de separación porque individuación es una expresión que se puede utilizar en muchos sentidos, fuera del final del análisis. Me parece una palabra que conlleva una falta de precisión. Estoy totalmente de acuerdo con que si no hablamos de éxito del analista podemos hablar de un logro que sólo la identidad de separación le permite alcanzar después de soportar la transferencia, es decir la proyección, imputación de los personajes repetitivos de la transferencia y también la solicitud actual de la transferencia.

Con respecto al punto de vista de la comunidad, es cierto que hay un problema que se ve en todas partes. Hay un problema para colectivizar a los analistas. De eso nadie puede dudar y se entiende bien en la medida en que el final, el punto de cierre de un análisis puede producir el deseo adecuado para que un analista se produzca y se inserte en el lazo social del análisis que es un lazo entre dos personas, entre dos puntos, un analizante y un analista. Eso es un lazo social, quizá el más valioso como dice Lacan, pero sin embargo eso no hace una colectivización de los analistas entre ellos. Y hemos evocado eso en la mesa redonda con los Dres. Abel Fainstein y Miguel Leivi. Efectivamente el problema es cómo obtener que estos idénticos a sí mismos se soporten entre ellos y hagan una comunidad. Ahora salgo de la mesa con una idea más precisa, me parece que hay

dos tipos de comunidad analítica ahora y si hago un examen de todos los colectivos que conozco, encuentro colectivos que agrupan a los analistas, les dan una casa con un nombre y por otro lado lo que Lacan ha llamado la escuela, que implica la idea de que se pueden conectar las singularidades de todos los analistas y que no es al nivel del lazo asociativo propiamente dicho, pero al nivel de lo que implica la palabra escuela, la elaboración continua de la teoría. Y el debate interno es un dispositivo para permitir a los analistas, que se quieren o no, hablar sobre el psicoanálisis, sobre la formación. Creo que el problema existe, seguro que la solución ideal no existe pero la apuesta de Lacan es esa, que la escuela no es una sociedad, no es una asociación, no es sencillamente un agrupamiento, un agregado, es algo con una carrera común a nivel del psicoanálisis.

Respecto a lo que dice la colega, no creo que haya una contradicción. En realidad definiciones del inconsciente hay muchas. Quizá voy a proponer que el año próximo en Francia trabajemos sobre qué es el inconsciente. Es una pregunta que se presenta siempre y que finalmente tiene muchas definiciones. A la vez hablamos del inconsciente en singular. Eso es un tema interesante.

Respecto de lo que he dicho creo que el problema se plantea porque hay dos efectos terapéuticos. Está el efecto sintomático, algo que está mal desaparece. El Hombre de las Ratas es un ejemplo magnífico por eso, tenía una obsesión y en nueve meses esta obsesión desaparece. Una maravilla. Eso es el efecto terapéutico local, el Hombre de las Ratas no está curado de su neurosis, es patente. Todo queda por hacer después de la curación de la obsesión. Entonces yo hablaría del efecto terapéutico del punto de cierre. Este es el verdadero efecto terapéutico, pero no en el sentido común de terapéutico, algo va mal y se cura. Entonces este punto es el punto más difícil de alcanzar, donde está la más grande resistencia para acercarse a la castración y la exigencia pulsional.

Colette Soler
12 Avenue de Lowendal
75007, París
Francia